

ñó el rostro, amable y risueño como una caricia del Señor. Monté en el coche y grité:

—Arrea, Pingallo.

Y echando al aire el humo de mi cigarro, dejé la casa de mi tía, caminando hacia Jerusalem.



II

Fué un domingo, día de San Jerónimo, cuando mis pies latinos pisaron por primera vez la tierra de Alejandría. ¡La tierra de Oriente sensual y religiosa! Yo dí las gracias á Dios Nuestro Señor por haber hecho hasta allí un viaje feliz; y mi compañero, el ilustre Topsius, doctor alemán por la Universidad de Bonn, socio del *Instituto imperial de excavaciones históricas*, murmuró, grave como en una invocación, abriendo su gran quitasol verde:

—¡Egipto, Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. Séame propicio tu Dios de la Historia, inspirador de la obra de Arte y de la obra de Verdad.

A través de aquel zumbido científico, yo me sentía envuelto en un vaho tibio, como de estufa, adormecedor y perfumado con aromas de sándalo y de rosa. Desde el primer momento, amé aquella tierra de indolencia, de sueño y de luz. Y montando en el coche que debía conducirnos al «Hotel de las Pirámides», invoqué á las Divinidades como el ilustre doctor de Bonn:

—¡Egipto! ¡Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. Y que me sea propicio...]

—¡No; que le sea á usted propicia, don Raposo, que le sea á usted propicia Isis, la vaca amorosa!

Así me interrumpió el eruditísimo alemán.

No comprendí, pero me incliné. Había conocido á Topsisius en Malta, en ocasión de hallarme comprando violetas á una florista, que ya tenía en sus grandes ojos cierta languidez musulmana. Topsisius andaba midiendo concienzudamente, valiéndose para ello de su quitasol, las paredes marciales y monásticas del palacio del Gran Maestro.

Persuadido de que era un deber espiritual y doctoral, en aquellas tierras de Levante, llenas de recuerdos históricos, medir los monumentos de la antigüedad, saqué mi pañuelo del bolsillo y, estirado con las dos manos, lo fui paseando lentamente sobre la austera cantería. Topsisius me lanzó, por encima de sus anteojos de oro, una mirada desconfiada y celosa. Pero tranquilizado, sin duda, por mi aspecto de hombre dado á las cosas terrenas, por mis guantes blancos y mi ramo de violetas en el ojal, el erudito alemán alzó cortesmente su gorra de seda negra de encima de los largos cabellos color de maíz. Yo saludé con mi capacete de corcho. Nos hablamos, y así nació nuestra amistad. Yo le dije mi nombre, mi patria y los santos motivos que me llevaban á Jerusalem. Él me contó que había nacido en la gloriosa Alemania y que también iba á Judea en una peregrinación científica; deseaba recoger notas para su formidable obra *Historia de los Herodes*. Pero habría de detenerse en Alejandría una corta temporada, con objeto de amontonar los pesados materiales de otro libro monumental, la *Historia de los Lápidas*. Porque aquellas dos turbulentas familias, los Herodes y los Lápidas, eran propiedad histórica del doctísimo Topsisius.

—Entonces, puesto que los dos llevamos la misma ruta, podemos hacer el viaje juntos, doctor Topsisius.

El doctor Topsisius, alto, flaco y zancudo, con una chaqueta corta de alpaca, atiborrada de manuscritos, se inclinó satisfecho.

—Pues hagamos el viaje juntos, don Raposo. Así conseguiremos también alguna economía.

Encorvado, con las guedejas lacias, la nariz aguda y pensativa y las piernas largas, mi erudito amigo parecía una cigüeña risible y letrada, con anteojos de oro en la punta del pico. Pero ya mi animalidad reverenciaba á su intelectualidad y fuimos á beber cerveza.

Sólo conservo de Topsisius recuerdos suaves y elevados. Ya sobre las aguas bravías del mar de Tiro; ya en las adustas callejuelas de Jerusalem; ya dormido á su lado bajo la tienda, al pie de las ruinas de Jericó; ya en los verdes caminos de Galilea, donde quiera encontré siempre á Topsisius instructivo, servicial, amable y discreto. Rara vez comprendía sus sentencias sonoras y redondas que parecían medallas soberbiamente acuñadas; pero, como ante la puerta impenetrable de un santuario, me inclinaba reverente, por saber que allá adentro, en la sombra, refulgía la esencia pura de la idea. Quedó debiéndome algún dinero; pero es una deuda mezquina que desaparece en la copiosa onda de saber histórico con que fecundó mi espíritu. Tenía un solo defecto. Era intolerablemente vanidoso de su patria. Sin cesar, alzando la nariz, sublimaba á la científica Alemania; después me amenazaba con lo irresistible de sus armas. ¡Oh, la omnisciencia alemana! ¡Oh, la omnipotencia alemana! Confieso que me agradaban poco tales jactancias. Así, cuando en el Hotel de las Pirámides nos presentaron un libro para registrar en él nuestros nombres y nuestros países, mi docto amigo trazó su «Topsisius», agregando por debajo altivamente en letras tiesas y displinadas: «*De la imperial Alemania.*» Le arrebaté la pluma, y recordando al barbudo Juan de Castro, Ormuz ardiendo, Adamastor, la capilla de San Roque, el Tajo y otras glorias, escribí largamente en cursivas más hinchadas que velas de galeones: «*Raposo, portugués de aquende y allende el mar.*» Y el criado del hotel, un mozo flaco y

mustio, que leyó por encima de mi hombro, murmuró suspirando, casi desfallecido:

—En cuanto el caballero necesite alguna cosa, llame por el Alpendriña.

¡Un compatriota! Y el mozo me contó su historia al mismo tiempo que abría mi maleta. Era de Trancoso y desgraciado. Había tenido estudios; compusiera una necrología y sabía además de memoria los versos más doloridos de nuestro *Soares de Passos*. Pero apenas había muerto su mamá, habiendo heredado algunas tierras, corrió á la fatal Lisboa con el propósito de gozar. En la travesía de la Concepción, conoció á una española deliciosísima, del almibarado nombre de Dulce; y en un idilio, largáronse á Madrid. Allí el juego le empobreció, Dulce le traicionó y un chulo le apuñaló. Curado y macilento, pasó á Marsella, y durante años arrastróse como un harapo social á través de miserias incontables. Fué barbero en Atenas, fué sacristán en Roma; con turbante, y con negros odres al hombro, pregonó agua por las calles de Smirna. El fecundo Egipto le atrajera siempre irresistiblemente... Y allí estaba en el Hotel de las Pirámides, mozo de equipajes y triste.

—Si el caballero trajese por ahí algún periódico de Lisboa... Me agradaría saber cómo va la política.

Le concedí generosamente todos los *Diarios de Noticias* que envolvían mis botas.

El dueño del hotel era un griego de Lacedemonia, de bigotes feroces y que *hablaba un poquito el castellano*. Respetuosamente, él mismo, muy hinchado dentro de su casaca negra, adornada con una condecoración, nos condujo al comedor:

—*El más precioso sin duda de todo el Oriente, caballeros.*

Al pie del balcón, un violín y un arpa tocaban la *Mandolinata*. A cada momento yo sentía crecer mi amor por aquella tierra de pereza y de luz.

Después del café, mi sapientísimo amigo, con el lápiz y

los cuadernos de apuntes en el bolsillo de la chaqueta, salió á rebuscar antiguallas del tiempo de los Ptolomeos. Yo encendí un cigarro y llamé á Alpendriña. Le confíe que deseaba sin tardanza ir á rezar y amar. Rezar era por la intención de mi tía, que me recomendara muy especialmente una jaculatoria á San José, apenas pisase aquel suelo de Egipto, convertido desde la fuga de la Santa Familia, encima de su borriquillo, en suelo devoto como el de una sede. Amar era por necesidades de mi corazón ansioso y volcánico. Alpendriña, en silencio, alzó las persianas y me mostró la esquina de la calle de Las dos Hermanas, donde una vieja vendía cañas de azúcar. Subiendo por ella, no tardaría en ver una tienda discreta que tenía de muestra una pesada mano de palo, tosca y roja. Y encima, en una tabla negra, este rótulo con letras doradas: MISS MARY, GUANTES Y FLORES DE CERA. Era aquel refugio el que Alpendriña aconsejaba á mi corazón.

—Y diga el caballero á miss Mary que va mandado del Hotel de las Pirámides.

Puse una rosa en el pecho y salí. En la entrada de la calle de Las dos Hermanas, distinguí una ermita virginal durmiendo constantemente bajo los plátanos. Pero el amantísimo patriarca San José estaría sin duda recibiendo jaculatorias más importantes que la mía, y no quise importunar al bondadosísimo santo. Seguí adelante hasta detenerme en la mano de palo, pintada de rojo, que parecía estar allí esperando alargada y abierta para apoderarse de mi corazón.

Entré conmovido. Detrás del mostrador barnizado, miss Mary estaba leyendo el *Times* con un gato blanco en el regazo. Desde el primer momento me prendaron sus ojos azules, de un azul que sólo existe en las porcelanas, ojos sencillos, celestes y como jamás los había visto en la morena Lisboa. Sonriendo y bajando con sentimiento las pestañas, me preguntó si deseaba *cabritilla* ó *Suecia*.

Yo murmuré, inclinándome sobre el mostrador:

—Le traigo recuerdos de Alpendriña.

Ella escogió un botón de rosa de un ramo que estaba en un vaso sobre el mostrador, y me lo ofreció en la punta de los dedos. Lo besé con furor, y la voracidad de aquella caricia pareció agradaarle; una oleada de sangre coloreó su faz y en voz baja me llamó *gatito*. Olvidé á San José y á su jaculatoria. Nuestras manos, un momento unidas mientras ella me probaba unos guantes claros, no volvieron á desenlazarse durante aquellas semanas que pasé en la ciudad de los Lápidas, en deliciosa fiesta musulmana.

Miss Mary era de York; ese heroico condado de la vieja Inglaterra, donde las mujeres crecen fuertes y espléndidas como las rosas de sus jardines reales. A causa de su gracia y de su sonrisa, cuando le hacía cosquillas, le puse el nombre galante y acariciador de *Maricocas*. Topsius, que la apreciaba, la llamaba nuestra simbólica *Cleopatra*. Ella amaba mi barba negra y potente. Vestido de blanco como un lirio, pasé mañanas inefables, arrimado al mostrador de Mary y acariciando voluptuosamente la espina de su gato. Por la tarde dábamos lentos y adorables paseos á la orilla del canal Mamudieh. *Maricocas* comía siempre conmigo y con el eruditísimo Topsius en el Hotel de las Pirámides. Ante ella, Topsius se abría en flores de erudición amable. Nos contaba las tardes de fiesta en la remota Alejandría de los Ptolomeos sobre el canal que llevaba á Canopia, cuyas márgenes resplandecían de palacios y de jardines; las barcas, con toldos de seda, bogaban al son de laúdes. *Maricocas* suspiraba:

—¡Qué encanto vivir en esa Alejandría y navegar con rumbo á Canopia, en una barca entoldada de seda!

Yo gritaba celoso:

—¿Sin mí?

Y ella juraba que sin su portuguesito valiente no quería vivir ni en el cielo. Lleno de vanidad pagaba el champagne. Así fueron pasando los días, leves, agradables, repi-

cados de besos, hasta que llegó la víspera sombría de partir para Jerusalem.

—Lo que usted debía hacer, —me aconsejaba aquella mañana Alpendriña mientras lustraba mis botas,—era quedarse aquí, en Alejandría, dándose buena vida.

¡Ah, si pudiese! Pero las órdenes de la tía eran irrecusables. Por amor de su dinero me veía forzado á ir á la negra Jerusalem, arrodillarme ante secos olivos y rezar trigagios y rosarios ante fríos sepulcros...

—¿Tú has estado en Jerusalem, Alpendriña?— pregunté, mientras me ponía tristemente los calzoncillos.

—No, señor; pero tengo oído... Peor que Braga.

—¡Qué horror!

Nuestra cena con *Maricocas*, aquella última noche, fué entrecortada de suspiros: las bujías de los candelabros tenían la melancolía de cirios: el vino nos entristecía como el que se bebe en los funerales. Topsius intentaba consolarnos.

—Bella dama, bella dama, nuestro Raposo ha de volver... Casi estoy seguro que de la ardiente tierra de Siria, la tierra de Venus y de la Esposa de los Cantares, traerá en su corazón una llama más ardiente y más juvenil...

Yo me mordía los labios, sofocado.

Después del café, fuimos á apoyarnos en la baranda del balcón y contemplamos en silencio aquella suntuosa noche de Egipto. Las estrellas eran como una gran polvareda de luz que Dios levantara allá en lo alto, paseando solo por los caminos del cielo. El silencio tenía una solemnidad de sagrario. A lo lejos, el mar dormía. En aquella difusa religiosidad, yo sentía subir á los labios irresistiblemente la dulzura de un avemaría... Entonces comencé á pensar que apenas muriese la tía y fuese mío su dinero, podría vivir en aquella tierra de amor y de pereza, al lado de mi guantera, vestido de turco, fresco, sereno, libre de todas las inquietudes de la civilización. Del cielo, solamente me importarían las flores abiertas en mi jardín pa-

ra aromatizar mi alegría. Y pasaría los días en una pereza oriental, recibiendo perpetuamente aquella impresión de felicidad perfecta que Mary me daba solamente con alzar su seno y llamarme su *portuguesito valiente*.

La estreché contra mi pecho, deseando absorberla. Junto á su oreja, de una blancura de concha blanca, balbuceé nombres inefables: la dije *riquita*, la dije *retebonita*. Ella, estremecida, alzó los ojos tristes hacia la polvareda de oro.

—¿Cuántas estrellas! ¡Dios quiera que mañana esté tranquilo el mar!

Entonces, ante la idea de aquellas ondas que iban á llevarme á la adusta tierra del Evangelio, tan lejos de mi Mary, un pesar infinito embargó mi pecho.

Cerré la vidriera, y después de salir al corredor para santiguarme á escondidas, vine á desabrochar por última vez el corsé de mi bien amada.

¡Breve, avaramente breve fué aquella noche estrellada de Egipto!

Temprano, amargamente temprano, vino el griego de Lacedemonia á decirme que ya humeaba en la bahía, encrespado y lleno de viento, el *paquete*, ferozmente llamado *Caimán*, que debía llevarme para las tristezas de Israel. Mi sabio amigo el doctor Topsius ya estaba abajo almorzando tranquilamente huevos fritos, que regaba con cerveza. Yo apenas tomé un sorbo de café, en mi cuarto, á un lado de la cómoda, en mangas de camisa, con los ojos encendidos bajo la niebla de las lágrimas. Mi gran maleta de cuero atrancaba el pasillo y Alpendriña se ocupaba en acomodar de prisa y corriendo la ropa sucia dentro del saco de lona. *Maricocas*, sentada desoladamente en el borde de la cama, ya puesto el sombrero, contemplaba como Alpendriña atiborraba el saco. ¡Parecía que cada prenda de ropa blanca era un pedazo de su corazón que partía para no volver más!

—¡Cuánta ropa sucia llevas, Teodorico!
Balbuceé desolado:

—Se manda lavar en Jerusalem con ayuda de Nuestro Señor.

En aquel momento Topsius se asomó á la puerta fumando, con el quitasol cerrado bajo el brazo, y un volumen de la Biblia llenándole un bolsillo de la americana de alpaca. Al verme todavía sin chaleco, reprendió mi amorosa pereza. Después, volviéndose á Mary, acudió á las cortesías.

—¡Comprendo, bella dama, comprendo! Es doloroso dejar los brazos de Cleopatra... Ya Antonio por ellos perdió Roma y el mundo. Usted me permitirá que le mande, cuando la termine, mi *Historia de los Lágidas*... Hay detalles muy picantes... Cuando Cleopatra se apasiona por Herodes, el rey de Judea...

Desde el otro lado de la cama, Alpendriña gritó alborozado:

—¡Caballero! Todavía hay aquí ropa sucia.

Rebuscando entre las mantas había encontrado una larga camisa de encajes con lazos de seda. La sacudía y se exhalaba un aroma suave de violeta y de amor.

¡Ay! era la camisa de dormir de Mary, todavía caliente de mis brazos.

—Pertenece á la señorita.

—Es tu camisita, amor.

Mi guanterera se alzó trémula, pálida, y tuvo un poético rasgo de pasión. Dobló la camisita y me la arrojó, tan ardentemente, como si entre sus dobleces viniese también su corazón.

—¡Te la doy, Teodorico! ¡Llévala, Teodorico!... Llévala para dormir con ella á tu lado como si fuese conmigo... Espera, espera un momento, amor. Quiero ponerle una palabra, una dedicatoria.

Corrió á la mesa donde quedaban algunos pliegos del papel en que yo escribía á la tía la historia edificante de mi estancia en Alejandría, las noches consumidas embebiéndome en la lectura de los Evangelios... Con la camisa